

«Debemos sumar a los hombres a la lucha feminista y por la igualdad»

► Abogan por construir nuevas masculinidades abiertas a las tareas de cuidado y a la emoción

ROCÍO LIZCANO
SANTIAGO

En un contexto de proliferación de discursos enfocados a asentar la idea de que la igualdad de género es una batalla ya superada, Santiago Boira Sarto, doctor en Psicología y profesor de la Universidad de Zaragoza, aboga por incorporar a los hombres a una lucha en la que, afirma, también tienen mucho que ganar y a facilitar el debate sobre un sistema binario con mandatos de género «que afectan tanto a hombres como a mujeres».

En el marco de la IX Jornada Estatal de Psicología contra la Violencia de Género que organiza el Colegio Oficial de Psicología de Galicia en Santiago, Boira Sarto impartirá hoy una ponencia sobre la construcción de nuevas masculinidades, proponiendo una reflexión compartida sobre el impacto y sufrimiento que los estrictos roles de género social e históricamente construidos generan en el conjunto social, deconstruyendo estereotipos y arquetipos y explorando modelos alternativos. «El día que descubramos que aquellas transformaciones que harían posible el cambio nos van a hacer más felices; el día que descubramos que acercarnos a las tareas de cuidado o asumir las emociones no nos hace ser menos hombres, sino hombres más felices, el cambio se producirá», dice el doctor en Psicología.

«La figura del varón patriarcal, el macho, conlleva también unos costes importantes, sobre todo para aquellos hombres que no llegan a amoldarse a esas expectativas del sistema. Encajar en las conocidas como «tres P»:

protector, proveedor y preñador, conlleva muchas exigencias, y hay un grupo muy numeroso de hombres que no encajan, que no se sienten cómodos en ese papel... también varones de otras orientaciones sexuales, distintos perfiles que acaban por convertirse en masculinidades subordinadas. Y esta presión incluso puede actuar a veces como un generador de violencia, la violencia como una forma de compensación para de alguna forma asimilarse al estereotipo, al auténtico macho», expone el profesor.

Sistemas de creencias

La educación, una vez más, aparece como pieza clave en este reto, no sólo a través de la enseñanza formal, sino también desde la familia, las instituciones, las religiones o los grupos. «No se trata sólo de transmitir información, que también, sino de que todos, y en este caso los varones, cambien sus sistemas de creencias y sus formas de actuar frente a otros hombres y frente a las mujeres», señala Santiago Boira Sarto.

El coste de los estereotipos de género, evidentes en la discriminación de la mujer y la violencia machista, afirma, se traduce también en penalizaciones para los hombres, reflejadas, por ejemplo, en su mayor probabilidad de muerte violenta o por accidente, y en su menor esperanza de vida. «Desde los propios ritos de tran-

sición de niños a jóvenes muchos adolescentes varones asumen riesgos como conducir a altas velocidades, consumir drogas y alcohol... por el hecho de decirle a su grupo que son los más hombres de todos. En ese proceso de construcción de identidad, que además de dejar de ser niño implica decirle al mundo que no es homosexual y que no es mujer, hay muchos costes: los hombres tenemos mayor accidentalidad vial, nos morimos antes o vamos menos al médico por todo eso de que los hombres no lloramos», repasa.



Dos jóvenes muestran sus manos teñidas de violeta en repulsa de la violencia machista.

Las otras víctimas

«Ningún menor sale indemne de una situación de violencia»

R. L. SANTIAGO

Desde el año 2015, la Ley de la Infancia y la Adolescencia reconoce a los menores que han convivido en familias golpeadas por la violencia machista el mismo estatus de víctima que a las mujeres maltratadas. Aun así, apunta Paula Baldomir, psicóloga experta en trastornos de personalidad, trauma y disociación, el reconocimiento normativo todavía no tiene una traducción completa en la atención a estos niños a pesar, aduce la especialista, de que el cuidado y acompañamiento de estas otras víctimas constituye una pieza fundamental a la hora de «cortar la transmisión generacional de la violencia de género».

«Ningún menor sale indemne, absolutamente todos los niños que viven una situación de violencia de género van a sufrir consecuencias», apunta Baldomir. «Cuando se viven situaciones traumáticas como esta justo en esas etapas de la vida en las que se están asentando las bases sobre las que se sostendrá todo su desarrollo posterior, esos cimientos no son firmes y en consecuencia el desarrollo posterior tampoco

será adecuado. Sobre todo, aumenta muchísimo la posibilidad de desarrollar enfermedades mentales o dificultades a nivel emocional cuando después se enfrentan a estresores de la vida», explica la psicóloga.

Por ello, considera fundamental un trabajo coordinado entre los distintos agentes involucrados, desde el personal judicial, a profesionales médicos o plantillas docentes, facilitando una formación completa que permita la identificación de todos los síntomas de sufrimiento del menor. Y es que, apunta, los problemas de conducta relacionados con mal comportamiento o agresividad son síntomas mayoritariamente identificados, pero no ocurre lo mismo con otro tipo de conductas igualmente inadecuadas en menores que aprenden a pasar inadvertidos como reacción a la violencia presenciada. «Hablamos de niños que no pueden sonreír, que buscan agradar en todo momento, que se desviven por cuidar a los demás o que no juegan con otros niños... Es más difícil ver a estos niños y es responsabilidad de todos brindarles también la atención precisa», sostiene.